



La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela 1 de Junio de 1898.

Núm. 355

Desde la altura

Un pensador frances (1) ha dicho que la guerra Hispano-Americana además de una guerra de raza y de codicia, es una guerra de religión en que la masonería y el protestantismo van al asalto de la Cruz.

He aquí una verdad que solo dejan de ver los ciegos.

La *civilización moderna* representada por los *yankees* repletos de adelantos y de millones pero sin fé y sin conciencia, que izan banderas falsas para entrar en los puertos, y emplean bombas incendiarias para destruir nuestros barcos como un día usaron la estrignina para esterminar á los pieles rojas, esa *civilización* hace mucho tiempo que trata de acabar con los restos de la civilización cristiana representada por los descendientes de Colon y de Isabel la Católica, heroes sin dinero pero con fé, que pedían limosna el uno y la otra empeñaba alhajas para descubrir un nuevo mundo y alumbrarlo con la luz del Evangelio.

Son dos civilizaciones que luchan por que no han podido entenderse jamás.

Son dos ideas que rabian de verse juntas.

Cuando Pio IX declaró en el Syllabus que no podían conciliarse anatematizando á los que dijese lo contrario, en poco se lo comen los liberales y sin embargo hoy los cañones *yankees* le dan la razón.

No podía menos de suceder así.

Como que por la boca de esos cañones está hoy hablando la masonería y la rebelión y el protestantismo, y el *Katipunan* y Morayta con sus logias y Pi y Salmeron con su libre-pensamiento y Moret y Mora y hasta los moros de Melilla y todos los enemigos francos ó encubiertos de la Iglesia Católica.

Lo cual prueba que los enemigos de la Iglesia son enemigos de España, así vivan

(1) El sabio escritor P. Exuperio de Prats de Mollo á quien enviamos un saludo y un abrazo de gratitud por su carta circular en favor de España.

en América y se llamen *yankees*, ó vivan entre nosotros y se llamen liberales.

Hay que ver las cosas desde cierta altura para verlas bien.

Hay gentes que al parecer riñen, pero en lo principal se entienden y bailan juntos.

La masonería en el congreso internacional de Paris de 1878, acordó sublevar las colonias españolas.

En España sabido es que los liberales unos eran partidarios de sus reformas, otros de la autonomia, y los más avanzados, de la independenciam, porque á cada uno le convenia una cosa, pero ninguno lo era de la justicia. Por eso arrinconaban los Polaviejas y mandaban masones y pasteleros que han dado el resultado que se vé.

Y lo que te rondaré morena.

La España católica cuya fé estorba y cuya sangre se desea chupar, esa es la victima y lo será mientras Dios no la saque triunfante de todos sus enemigos tanto los de dentro como los de fuera.

¿Pero cómo vá á conseguir ese triunfo archi-imposible?

No hay que desesperar. Léase el siguiente preciosísimo discurso sagrado y se verá como triunfaron nuestros padres en tiempos peores.

Servirá para ensanchar el corazon y sostenernos en nuestra fé. ¡Adelante!

ADOLFO CLAVARANA

LEEDLO LEEDLO ES CONSOLADOR

«Hay naciones moribundas, ha dicho el jefe del Gobierno de una nación europea, que ha vivido siempre de las ajenas desgracias.» «Hay pueblos que nunca mueren,» contesta la gloriosa historia de trece siglos del pueblo más heróico de la tierra.

Hay naciones moribundas pensó en su interior una nación de Norte-América; nación de acarreo sin historia ni tradiciones; y porque así pensó quiso arrebatár de nuestras manos nuestra herencia; pero el leon español moribundo y todo como le juzgó le in-

fundía tanto miedo que no se atrevió á acercarse á él de frente: no tuvo valor para luchar con nosotros á cara descubierta, sino que nos acometió por la espalda traidora y sigilosamente.

Nación de piratas, despues de atar los brazos de nuestros soldados con las mallas de una pérfida diplomacia, cuando ha visto pe-recer la flor de nuestra juventud, cuando nos ha creído desangrados y sin recursos, solo entonces ha arrojado la careta de sus hipocresias y confiando en sus setenta millones de habitantes, en su dinero y sus grandes recursos ha atacado á un pueblo numéricamente pequeño, pobre en riquezas materiales y que hace tres años viene sosteniendo dos guerras á miles de leguas de la patria.

Ante ese ataque villano, España ha contestado con la dignidad proverbial de su hidalga raza. El pueblo español, nunca se deja ultrajar impunemente, y sabe defender su honor aun en medio de los mayores infortunios.

Pero en estas circunstancias tócale obrar como obraron sus padres en casos semejantes. Hemos de obrar como católicos y como españoles: como católicos, inspirandonos en los libros sagrados, como españoles, en la brillante historia de nuestras gloriosas tradiciones.

Tanto en la Sagrada Escritura como en la historia de nuestra patria, veréis siempre que en el dia de los grandes infortunios, (que fué siempre vispera de los portentosos triunfos,) el pueblo ha orado ante Dios y llorado sus pecados.

He aquí lo que vengo á demostrar.

Vengo á probaros con la luz de la Sagrada Escritura y con los ejemplos de la historia, que como católicos y como españoles debemos, sin descuidar ninguno de los medios humanos de combate, pedir perdón á Dios por nuestros pecados, al par que favor para nuestras armas, y esperar confiadamente que el Señor por los medios que Él se sabe nos concederá la victoria como tantas veces se la dió á nuestros mayores.

He dicho, mis amados hermanos, que la Sagrada Escritura y la historia nos enseñan que en circunstancias como las presentes es deber nuestro pedir á Dios perdón por nuestros pecados, al par que favor para nues-

tras armas y esperar confiadamente, que el Señor nos favorecerá, y para ello voy á poner ante vuestros ojos el primer ejemplo.

Un ejército asirio compuesto de ciento veinte mil infantes y doce mil caballos amenazaba invadir toda la Judea. Mandáballo Holofernes que llevaba el encargo de apoderarse de todos los reinos del Occidente. Todas las naciones circunvecinas habian quedado subyugadas: tomados sus castillos, destruidas las ciudades, demolidos los templos. La ruina del pueblo de Dios parecía de todo punto inevitable y lo era humanamente. Treinta dias se detuvo aquel formidable caudillo en tierra de Gabaá dando descanso á sus tropas y amenazando á la Judea. En tan angustiosos momentos el Sumo Sacerdote Eliacín ó Joacín dió aviso del peligro á todo Israel. Mandó ocupar los desfiladeros, recoger provisiones y apercebirse para el combate. Todo esto era bueno, pero insuficiente contra un enemigo tan superior en número y en recursos de guerra. Conociólo así el pueblo de Israel y nos dice la Sagrada Escritura que todo el pueblo clamó á Dios con gran fervor. Hombres y mujeres humillaron sus almas con oraciones y ayunos «los Sacerdotes se vistieron de cilicio y á los niños los postraron por tierra delante del templo del Señor cuyo altar cubrieron también de cilicio,» (luto)

Entretanto el Sumo Sacerdote daba vuelta á todo Judá é Israel y les hablaba diciendo

Tened por cierto, que oirá el Señor vuestras plegarias si perseveráis constantemente en su presencia ayunando y orando. Acordaos de Moisés siervo del Señor el cual no por medio de las armas sino suplicando con santas oraciones derrotó á los Amalecitas.

Así lo hizo el pueblo y ¿que sucedió?

Os lo diré sencillamente.

Empezó el enemigo sus hostilidades poniendo sitio á la pequeña ciudad de Betulia, que se halla situada en la cumbre de un monte. Había engrosado el ejército sitiador y sumaba á la sazón ciento sesenta mil combatientes destinados todos al cerco de una ciudad pequeña.

Preparáronse á la defensa sus habitantes, ocupando los desfiladeros y redoblando las oraciones.

Por espacio de muchas horas repetían: «Hemos pecado nosotros y nuestros padres; hemos sido malos, hemos cometido mil maldades.»

Alentábalos el príncipe Ozías; pero cortados los acueductos, á los pocos dias no tenían agua ni para veinticuatro horas. Por lo cual viendo el príncipe la angustiosa situación del pueblo, prometió rendirse á los cinco dias si no le venía socorro del cielo. Mas Dios que vela por sus escogidos inspiró á unadébil mujer, la cual llamando á los ancianos les dijo: «¿Qué demanda es esa en que ha consentido Ozías de entregar la ciudad á los Asirios si dentro de cinco dias no tenéis socorro? ¿Y quienes sois vosotros que así tentáis al Señor? No es ese el medio de

atraer su misericordia; antes bien lo es de provocar su ira y encender su furor. Vosotros habéis fijado plazo á la misericordia del Señor y le habeis señalado día conforme á vuestro arbitrio.» (Cuv. 8 v 10-13.) «Humillémonos en su acatamiento y pidámosle perdón..... pidamos con lágrimas al Señor que del modo que sea de su agrado, nos haga sentir los efectos de su misericordia.» (Ibid v. 16-17.) Y vosotros alentad con vuestras palabras el corazón del pueblo. Recordadles cómo nuestros padres fueron también atribulados, y porque esperaron en el Señor fueron de él ayudados; y los que manifestaron impaciencia y murmuraron contra Dios fueron exterminados.»

Cinco dias después aquella insigne mujer les presentaba la cabeza de Holofernes, y aquel ejército imponente presa del terror y el pánico, sufría una de las más vergonzosas derrotas que nos recuerda la historia.

Viniendo ahora á tiempos más recientes y á infortunios que tienen mucho de parecidos con nuestros pasados y presentes infortunios, y á victorias que se parecen más á las victorias de nuestra patria y á las que podemos nosotros esperar, recordad lo que nos dicen los Sagrados Libros de los Macabeos. No parece sino que fueron escritos para España.

Era allá por el año 177 antes de Jesucristo, reinaba en Siria Selenco, el sexto de los monarcas que rigieron aquellos estados después de la muerte de Alejandro.

Cerca de tres siglos hacía que disfrutaba el pueblo de Israel de una prosperidad envidiable y á la sazón parecía haber llegado al más alto punto de gloria delante de los hombres y de fidelidad para con Dios. (Véase 2.º Mach. c. III v 1.º 3.º.)

De repente sobrevino una de las mayores calamidades que pueden afligir á los pueblos.

Empezó por un traidor, Simón, que despertó la codicia del rey y la desconfianza contra el Pontífice. (Ibid. c. III v 4-40. Cap. IV v 1.º-6.º)

Pasaron algunos años y ocupó el trono de Siria el impío Antioco.

No faltó entonces otro traidor á Dios y á la patria, Sasón, que tentando también la codicia de Antioco, se propuso usurpar el Pontificado á su hermano Onías; y viendo que no podía sostenerse sin romper la unidad religiosa de su patria, sacrificólo todo á su ambición y empezó de acuerdo con el Emperador por abrir la puerta á cultos extraños á fin de acabar, si tanto pudiera, con la religion del Dios verdadero y aun con la existencia misma del pueblo de Dios, si no lograba arrastrarlo á la apostasia. (Lib 2.º c IV v 7 y sig.)

Para ello estableció un gimnasio en Jerusalén y principió á arrastrar al gentilismo todos los Israelitas que pudo seducir.

No le faltaron partidarios. Se propaló la especie de que aliándose con los gentiles y paganizándose llegarían á ser dichosos, y acusaron á la religion de sus padres de

los males que les afligian.

La impostura era clara, pero cundió con rapidez.

Edificóse entonces una escuela pagana en Jerusalén, se abandonó la circuncisión, rompieron la santa alianza, unieronse con los paganos, y vivieron como ellos. Sasón procuró corromper al pueblo y sobre todo á los jóvenes; (Lib 2.º. c IV v 12.) cuidó de arrastrar á la apostasia á muchos Sacerdotes, que dejado el culto del verdadero Dios, se dedicaron á asistir á los espectáculos de los gentiles, á imitar sus costumbres. (Ibid v 14-16.) Envió dinero á la ciudad de Tiro para ofrecer sacrificios á Hércules.

«Pero el obrar impiamente contra las leyes de Dios, no queda sin castigo», como nota aquí el historiador Sagrado (v 17.)

Aquellos mismos gentiles cuyos usos seguían fueron sus primeros verdugos. Aquel Antioco enviaba poco después sus tropas contra Jerusalem y de una vez daba muerte á ochenta mil de sus habitantes; otros ochenta mil quedaron cautivos ó fueron vendidos como esclavos. El templo fué robado y profanado. Dos años más tarde se hacía una matanza no menos horrorosa.

La ciudad quedó devastada y sin defensa. Júpiter fué colocado en el templo del Señor, tuvo también su templo en todas las ciudades de Judá. Los apóstatas se multiplicaron y se desencadenó una de las más horrenas persecuciones contra los que permanecían fieles á la religion de sus padres. No quedó á los Israelitas más medio que la apostasia ó la muerte. Quedó Israel reducido á un puñado de gente, sin ciudades, sin pueblos, sin castillos, sin soldados, sin otra habitación que los montes, los riscos, los desiertos y las cuevas de las fieras. Todo parecía perdido.

Un anciano sacerdote llamado Matatías, padre de cinco hijos dignos de él, emprendió lo que parecía imposible; la reconquista de todo el territorio.

Acudió al Señor, retiróse á los montes con unos centenares de personas que le quisieron seguir y puesta la confianza en Dios, organizó la resistencia. Hizo temblar á sus enemigos y persiguió sin descanso á los apóstatas. Año y medio después moría el anciano entregando la espada á su hijo Judas Macabeo y conjurando á sus valientes á continuar la empresa comenzada, puestos los ojos no en sus fuerzas sino en las de Dios, les decía: Recordad las pruebas porque pasaron nuestros mayores y cómo Dios asiste siempre á los que en él esperan.» Id discutiendo de generación en generación: todos aquellos que ponen en Dios su esperanza no desvanecen. *Et ita confitite per generationem et generationem: quia omnes qui sperant in eum non infirmantur.*

Tomó entonces el mando de aquellos héroes Judas Macabeo, del que dice la Sagrada Escritura que parecía un leon en sus acciones y se asemejó á un cachorro cuando ruge sobre la presa. En todas las batallas su primer cuidado fué siempre acudir á

Dios. Con sus valientes echábase por sorpresa sobre las ciudades de sus enemigos las tomaba y entregaba á las llamas. Cercaba los castillos y plazas fuertes y luego los rendía quemaba y destruía. La protección del cielo iba con él. Cuando llegó á reunir seis mil hombres admitió batallas campales contra un número de enemigos seis, siete, y, en ocasiones, veinte veces mayor que el de sus tropas. La primera batalla campal fué contra el general Apolonio: Judas atravesó por medio del ejército enemigo, arrojóse contra Apolonio y por su misma mano le cortó la cabeza. El campo quedó cubierto de cadáveres enemigos. El Macabeo y su ejército cantaron loores al Señor de los ejércitos. Al poco tiempo entraba en batalla contra el general sirio Serón, que pensaba sería cosa de juego el acabar con aquellos pocos valientes. Al verse los del Macabeo ante un ejército tan superior dijeron á su general: «Cómo podremos luchar contra un ejército tan numeroso y aguerrido siendo nosotros tan pocos?» y Judas les respondió: «Facil cosa es que muchos sean presa de pocos, pues cuando el Dios del cielo quiere dar la victoria, lo mismo tiene para él que haya poca, ó que haya mucha gente, porque el triunfo no depende en los combates de la multitud de las tropas, sino del cielo, que es de donde dimana la fortaleza. El Señor los hará pedazos en vuestra presencia, y así no los temáis.» (*Ibid c III v 17, 18, 19, 22.*)

A las pocas horas de dichas estas palabras ponían á Seron en vergonzosa fuga, y ochocientos cadáveres de enemigos quedaban tendidos sobre el campo de batalla.

La tercera victoria fué contra el general Nicanor que llevaba como segundo á Gorgias. Habían estos juntado un ejército de cuarenta mil hombres de á pie y siete mil de á caballo. Ejército siete veces superior al de los Macabeos. Esta victoria merece ser descrita con alguna extensión por las circunstancias que la acompañaron tan parecidas á las en que nosotros nos hallamos. Andaba el orgulloso Nicanor tan confiado de su triunfo que pasó aviso á las ciudades marítimas, para que viniesen á comprarle como esclavos á los judíos que ya daba por vencidos y prisioneros. Díjoles que se los daría baratos, pues por cada noventa solo les exigiría un talento. No de otro modo nuestros enemigos tratan ya de la venta de nuestras colonias cual si ya hubiesen ganado victoria sobre nosotros. En efecto con el ejército de Nicanor venía otro no menos numeroso ejército de mercaderes de Tiro y de Sidón y de otros puertos vecinos con mucho oro y mucha plata para comprar como esclavos á los judíos.

Arengó Judas á los suyos, mandó que se retirasen los cobardes, dijo que quería quedarse solo con sus valientes. Retiráronse algunos, pero otros vendiendo cuanto tenían se resolvieron á jugarse el todo por el todo. Habló entonces de nuevo Judas y les dijo: «Ellos confían solo en sus armas y en su audacia; mas nosotros confiamos en el

Señor omnipotente que con una sola mirada puede trastornar no solo á los que vienen contra nosotros, sino tambien al mundo entero.» Recordóles el auxilio que Dios les había prestado en las pasadas generaciones, pensad, les decía, que el ángel del Señor en una sola noche mató á ciento ochenta y cinco mil del ejército de Senaquerib y no echéis en olvido que seis mil Israelitas con el auxilio del cielo dejaron muertos á ciento veinte mil galatas sobre los campos de Babilonia.

Dichas estas palabras sintiéronse los soldados de Israel henchidos de valor y dispuestos á morir en defensa de la Religión y de la Patria. Entraron en combate y no mucho despues cantaban ya victoria. El ejército de Nicanor huía vergonzosamente dejando en el campo más de nueve mil cadáveres y el Macabeo hacíase dueño del rico tesoro que habían llevado los mercaderes.

Poco despues daba la cuarta batalla y se coronaba con la cuarta victoria. Mas de veinte mil enemigos mandados por Timoteo y Bábquiles quedaban muertos y pregonaban al mundo que son invencibles los que pelean en el nombre del Señor de los ejércitos.

Pasado muy poco tiempo avistábanse estos valientes con el ejército que mandaba en persona el famoso Lisías regente del reino: acompañábanle Nicanor y Gorgias. Llevaban más de cuarenta mil combatientes. El pueblo de Dios se preparó para la nueva batalla con un día de riguroso ayuno. Y los que implorando el auxilio del cielo entraron por quinta vez en combate alcanzaron la quinta victoria, quedando sembrado de cadáveres enemigos el campo que fue testigo de sus hazañas.

Y á la quinta victoria siguióse la sexta batalla que fue la victoria sexta contra el mismo Lisías que mandando sesenta mil infantes y cinco mil caballos dejaba en su huida cinco mil soldados muertos y lleno de espanto evacuaba toda la Judea.

Hacia tres años que la estatua de Júpiter había profanado el templo del Señor y el Macabeo pudo ahora, libre ya toda su tierra de enemigos, presentarse en el templo santo á dar gracias á aquel Señor en cuyo nombre había alcanzado tantas victorias cuantas habían sido las batallas que había librado.

¿Véis, mis amados hermanos, como la Sagrada Escritura nos pone ante los ojos admirables ejemplos de situaciones mucho más difíciles y agustiosas que la presente de las cuales el Señor sacó y sacará gloriosamente al pueblo que confía en El, que pide el auxilio de su brazo omnipotente y que llora ante el divino acatamiento sus pecados y sus pasadas ingratitudes?

¿Y no nos dice lo mismo la historia de nuestra patria? Hoy precisamente hace mil trescientos y nueve años, (era el ocho de Mayo del año quinientos ochenta y nueve) que nuestros padres proclamaron en el tercer Concilio Toledano la unidad de nuestras creencias católicas. Aquella época, como la

que precedió á los días de Matatías, fué para nuestra patria época de prosperidad y de grandeza. España alumbraba entonces con su saber á todas las naciones que se extienden desde el oriente hasta el ocaso, como atestigua San Isidoro, que vivía en aquellos tiempos. Época de los sapientísimos Concilios Toledanos y del Fuero Juzgo que inmortalizarán el tiempo que los vio nacer.

Tampoco faltaron ahora, como en los tiempos de Matatías, traidores á Dios y á la patria; y con la derrota del Guadalete empezó para España una de las épocas más calamitosas de cuantas han afligido á pueblo alguno sobre la tierra. Quedaron también entonces nuestros padres como habían quedado los hijos de Israel sin ciudades, sin pueblos sin defensas, sin castillos, sin soldados, sin otra habitación, que con la cumbre de los montes, sagrados baluartes, que concedió Dios Nuestro Señor á los pueblos verdaderamente libres.

Tenían entonces nuestros mayores que luchar con el enemigo, como dice un escritor, y con sus propios montes. Con el enemigo para arrancarle palmo á palmo el terreno conquistado, y con sus montes para obligarle á producir el sustento necesario entre los riscos y las peñas. *Non fincó y nada, si non los Obispos que fuyeron con las reliquias é se acogieron á las Asturias*, dice la Crónica.

En tan angustiosos momentos muy semejantes á los del glorioso Matatías, unos centenares de valientes llenos de celo emprendieron lo que á los ojos de los hombres era una locura. Emprendieron la reconquista del territorio español patrimonio de sus hermanos. Y aquel puñado de héroes dió comienzo á aquella gloriosísima apopeya que no reconoce igual ni en la historia ni en la fábula. A aquella dichosísima jornada de siete siglos que empezó sobre los montes de Asturias y terminó por la conquista de Granada.

¿Cómo se realizaron estas maravillas? Leed la historia y ella os dirá que junto con Pelayo se encontraron los Obispos con las reliquias de los Santos; que antes de dar comienzo á la obra de la reconquista juraron aquellos guerreros indomables el llamado *pacto de Pelayo*, y se comprometieron á recibir en sus pechos á Cristo sacramentado cuantas veces tuvieran que entrar en batalla.

Que comulgaron antes de entrar en la batalla de las Navas y doscientos mil cadáveres musulmanes dieron testimonio de que el cielo no se había hecho sordo á sus súplicas.

Que Jaime el Conquistador, el que á los diez y nueve años se apoderaba de Mallorca y diez años despues reconquistaba Valencia y tomaba más tarde á Villena y Elche y Orihuela y entraba victorioso en Murcia, llevó siempre con su ejército á Cristo sacramentado en un *cofre-custodia* que todavía hoy podréis venerar en Daroca.

A este Rey, grande entre los grandes Reyes se le apareció la Virgen en Barcelona, y

él en señal de gratitud le dedicó cerca de dos mil templos.

Al mismo tiempo que esto pasaba en Aragón, Fernando III el Santo engrandecía los dominios castellanos apoderándose de Córdoba y de Jaen y de Sevilla, y cuenta la historia que aquel gran monarca que alcanzó tantas victorias cuantas batallas dió en treinta años que no dejó las armas de la mano, llevaba también el augusto Sacramento cuando salía á campaña en su *cofre-custodia* que hoy está en Toledo.

Preguntad, por fin, á nuestras crónicas en nombre de quien lucharon aquellos grandes Reyes Fernando é Isabel que coronaron la obra de Pelayo y en Málaga, os mostrarán la Virgen de las Victorias que acompañó siempre sus aguerridos ejércitos; y en Granada pondrán ante vuestros ojos, el *cofre-custodia* en que iba siempre el Señor de las batallas.

Tal fué la reconquista española: obra de gigantes llevada á cabo por el valor heroico de los que armados con la oración y la confianza en Dios ninguna dificultad reputaron insuperable.

Concluida tan gloriosa empresa quedóles á nuestros padres un corazón bastante grande y un brazo suficiente fuerte para pasear triunfante la cruz de Cristo y la bandera española por casi todas las naciones europeas sometiendo á unas, humillando á otras y haciéndose temer, y respetar de todas.

Y en tanto que ésto pasaba en Europa nuestras naves atravesaban el océano y encontraban y conquistaban y civilizaban un mundo nuevo para España y para Dios. Y, puesto que hoy se calumnia nuestra dominación colonial y se trata inicualemente de arrancar de los brazos de la madre patria los últimos restos de nuestras florecientes colonias, hemos de decir más alto, que la hidalga nación española tuvo siempre por blanco principal en sus conquistas ultramarinas el fin nobilísimo de hacer que esos pueblos bárbaros reconocieran como un Rey á Cristo y ante él se postraran. Allí fundó España Iglesias y Universidades, colegios, conventos: ciudades y provincias y reinos. Allí llevó sus leyes, allí sus artes, allí sus ciencias; allí sobre todo llevó la dulzura del espíritu cristiano. Jamás pueblo alguno conquistado se vió tratado con mas suavidad y respeto. Nuestra *Recopilación de Indias* será siempre el más bello monumento de que hay tradición en los pueblos conquistadores.

Solo á las Américas españolas les fué dado tener una reina que decía á cada momento que daría todos sus tesoros por la salvación del alma de un pobrecito indio; á una Isabel la Católica que al morir dejó recomendado á sus sucesores que tengan por principal fin de sus conquistas el convertir á los indios á la santa fé católica y enseñarles buenas costumbres sin que reciban ningún agravio ni en sus personas ni en sus bienes. Solo las Américas españolas y Filipinas merecieron tener por rey á un Felipe II

que justificaba la dulzura de sus disposiciones con los indios para que conozcan, decía, que al ponerlos Dios bajo su protección había sido para su bien.

A esta nación desinteresada, caballerosa y magnánima que solo en Filipinas puede enseñar al mundo seis millones de indios conservados, convertidos y civilizados por ella, se atreve á tacharla de cruel un pueblo inicuo que ha perseguido con bárbara fiereza á los indios de norte-América hasta exterminarles por medio del veneno como á los perros rabiosos.

Pero continuemos nuestro discurso.

Quiso Dios probar nuevamente al pueblo español en la fragua de las grandes adversidades, y ese pueblo llegó á tener gobiernos míseros, gobiernos indignos. Gobiernos que se dejaron inficionar del espíritu francés escéptico y descreído; gobiernos que se dejaron inficionar del virus del racionalismo y meditaban la descristianización de España. Pero ese pueblo, generoso y magnánimo cual ninguno, estrechó apretadamente contra su pecho la cruz de Cristo, que había obrado por él tantos prodigios.

Y vino una hora solemne....El mundo estaba espantado en vista de lo que pasaba en expectativa de lo que se temía. Francia vió caer la cabeza de uno de sus reyes al golpe del verdugo.

Las escenas que á esto siguieron no se pueden recordar sin horror. Los hombres sensatos llamaron á la revolución francesa invasión del infierno en la tierra.

En medio de tanta confusión se levantó un hombre que fué llamado el Capitan del siglo y el rayo de la guerra. Ese hombre Napoleon envió sus ejércitos por casi toda Europa y Europa tembló ante él y los reyes se sintieron estremecer sobre sus tronos, y llenos de temor y espanto se le inclinaron en señal de acatamiento y reverencia.

Y ese hombre dijo también para sí: «hay naciones moribundas» y envió sus ejércitos á España, y esos ejércitos se encontraron en España con un gobierno indigno que puso ignominiosamente á España en manos de sus enemigos...pero detras de ese gobierno encontraron los ejércitos de Napoleon lo que no habían encontrado en ninguna parte: encontraron un pueblo, al pueblo de la Unidad Católica, al pueblo de la reconquista, al pueblo de Pavía y S. Quintin, al pueblo, en fin, que había de hacer comprender á Napoleón que «hay pueblos que nunca mueren. Y ese pueblo sin instrucción militar, ese pueblo sin gobierno, ese pueblo sin armas, ese pueblo sin municiones al ver profanados sus templos, al oír blasfemado el nombre de su Dios, al ver pisoteados sus derechos y casi destruida su patria; al grito de viva Dios y viva España, se levantó como un solo hombre, é hizo temblar á aquel ante quien temblaba la Europa, y ese pueblo gigante luchó con el gigante de los siglos y le venció y le derrotó y á sus ejércitos les dió una tumba en tierras españolas.

Confesemos pues, mis amados hermanos, que aunque nuestra situación actual sea difícil y angustiosa, lo es mucho ménos que lo era la de nuestros padres al principio de este siglo, mucho menos que la que nos amenazaba en las Navas de Tolosa, incomparablemente menos que la que se siguió á la sangrienta catástrofe del Guadalete que la que afligió al pueblo de Dios en los luctuosos tiempos de Matusán, ó en los días de Judit la heroína de Israel. Y hemos de confiar, pues razón tenemos para ello, que la mano omnipotente de Dios, por los medios que El se sabe, nos concederá la victoria sobre nuestros enemigos, como se la dió á nuestros padres, como se la dió á su pueblo escogido.

Solo falta que nosotros acudamos á Dios como acudió Israel, como acudieron nuestros padres.

Lloremos pues nuestros pecados, examinemos rigurosamente nuestras conciencias y confesemos con amargura de corazón nuestras iniquidades. Trabajemos sin descanso para llevar á Dios los que viven apartados de El «En nombre de Dios,» decía el venerable Arzobispo Obispo de Madrid, «pedimos á los pecadores públicos, ó los profanadores de las fiestas, usureros y blasfemos, pongan fin á sus escándalos, causa principal de los males que á los hombres envía Dios.»

Elevemos además constantemente fervorosas oraciones al cielo. Yo no sé si rogamos á Dios con el fervor y constancia que requiere la alictiva situación de España. Seria vergonzoso que nosotros nos cansáramos de orar, ó rogáramos tibia y flojamente cuando nuestros hermanos estan derramando heroicamente su sangre á millares de leguas de la Patria. Yo quisiera que no hubiera hogar español en donde cada día no se rezase en familia el santo Rosario. Yo quisiera que ninguno se olvidara de pedir cada día á la Santísima Virgen el triunfo de las armas españolas. Yo quisiera que ninguno de nosotros dejara de oír diariamente la santa Misa y que multiplicásemos más y más nuestras fervorosas comuniones.

Hagamoslo así y pongamos toda nuestra confianza en Dios nuestro Señor y el triunfo es nuestro.

Fragmentos de un discurso del

R. P. JUAN B. FERRERES S. J.

LA LECTURA POPULAR

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2
Un cuarto id.	1
Un octavo id.	0'50

Per medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Barca, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás casas católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.